

Jornada de formación de consiliarios y consiliarias de ACO

«Sostenernos en la esperanza»

Barcelona, 1 de marzo de 2025

1. Introducción

Un sincero agradecimiento por la petición que se me ha hecho. A mí particularmente estas cosas me ayudan a recuperar y actualizar reflexiones de esas que deben ser perennes. Por eso recupero cosas que ya había incluso escrito antes y trato de ponerlas al día.

¿Qué voy a presentar? Ante todo, una reflexión sobre la acogida (ya había escrito cosas), aunque también le podemos llamar acompañamiento, sostenimiento de los militantes por parte de los consiliarios y consiliarias... En segundo lugar, una reflexión sobre la esperanza, con la convicción fundamental de que sólo la esperanza tiene futuro. Y acabaré pasando de la esperanza a la alegría, para entrar así en el Jubileo que se nos propone convencidos de que somos peregrinos de esperanza.

2. La acogida (acompañamiento, sostén)

Me parece muy interesante empezar dando una mirada al concepto acogida a partir de lo que genéricamente dicen los diccionarios. La sorpresa es que el concepto tiene una doble acepción y –como espero poder mostrar– las debemos tener en cuenta las dos porque nos aportarán cosas complementarias.

Dice el diccionario que acoger es «recibir (alguien que se presenta), especialmente admitirlo en nuestra casa, en nuestra compañía» y, a continuación, dice que es también «tomar de tal o cual manera (una noticia, una petición, una opinión, una doctrina, un consejo, etc.).»

Tomando la primera acepción nos damos cuenta de que la acogida está estrechamente unida al concepto de hospitalidad. En la acogida, pues, siempre hay dos sujetos, uno activo –el que acoge– y uno pasivo –el que es acogido–. No cuesta demasiado ver que los evangelios remarcan esta forma de ser de Jesús, muy activa. Es acogedor, recibe a todo el mundo, se encuentra con todo el mundo, no rechaza a nadie, sea quien sea, esté en la situación que esté. Pero también encontramos muchas veces y de manera muy destacada los momentos en que la acogida, en este sentido hospitalario, se hace con la persona de Jesús, es decir, cuando él es el sujeto pasivo, es quien recibe la acogida.

Lo que ocurre es que a menudo estos dos momentos acostumbran a ser sucesivos, a producirse uno después del otro, y normalmente el segundo por causa del primero. Así Jesús pasa de ser quien acoge a ser acogido, de ser sujeto activo a ser sujeto pasivo en la acogida. Para tener sólo algún ejemplo, podemos recordar cómo Jesús acoge a la mujer samaritana junto al pozo de Jacob (Jn 4,7), y el relato acaba diciendo que «cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días» (Jn 4,40). O cuando acoge a Zaqueo, aquel que «trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura»; «Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: “Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”» (Lc 19,3-6).

Jesús acoge y es acogido. Cuando él acoge al otro, es el otro que acaba acogéndole a él. Es tan sorprendente este modo de ser de Jesús, y debe ser tan central en su vida, que él mismo la convierte en mandamiento a sus seguidores: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado» (Mt 10,40). Acoger y dejarse acoger. La primera comunidad cristiana lo entendió y lo practicó. Tenemos ejemplos a raudales. Dejemos constancia sólo del agradecimiento de Pablo: «me recibisteis como a un mensajero de Dios, como a Jesucristo en persona» (Ga 4,14).

Pero todavía vale la pena destacar otra característica, quizás la más fundamental. Es la universalidad del gesto de la acogida hecha por Jesús. Es decir, la sorpresa no es que Jesús tenga una actitud de acogida, sino que lo haga de manera especial y manifiesta con aquellos que nadie acogía, los pecadores, los marginados, los pobres, con toda la lista de grupos de personas que ello comportaba: viudas, huérfanos, mujeres, niños, pobres, pecadores, enfermos, leprosos... No es extraño que esto sea el resumen, una especie de *leitmotiv* de toda la predicación de Jesús y de su manera de ser tan diferente de la de los demás y tan nueva: «ese acoge a los pecadores y come con ellos» (Lc 15,2), decían de Jesús. Y eso motiva que les explique la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32), después de haber hablado de la oveja y la dracma perdida (Lc 15,3-10).

Jesús es así –nos está diciendo con la parábola– porque Dios es así: por eso acoge a todo el mundo, y de manera especial a los marginados. Es la consecuencia lógica de su mensaje. Si Dios es Padre, es Padre de todos, sobre todo y especialmente es padre «de aquellos que no tienen padre», porque si no lo es de todos, no es verdaderamente Padre. ¡Esta es la gran novedad de Jesús y lo que provoca escándalo en sus contemporáneos! Acoge a todo el mundo de manera universal, podríamos decir, totalmente «católica». Lo dice como mensaje – Dios es Padre de todos– y lo practica en la vida, acogiendo a todo el mundo. No podía ser de otro modo: si éste era el modo de ser de Dios, éste debe ser el modo de ser de la persona humana, y Jesús lo vive de manera excelente. Por eso sorprende. Es normal, pues, que ésta sea la virtud que Jesús pida a sus seguidores, «para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16).

Al final tal vez éste sea el sentido verdadero de la acogida cristiana, una acogida que debe ser hecha a imagen y semejanza de la de Jesús y que, por tanto, debe distinguirse por acoger a aquellos a quien nadie acoge. Todo esto es importantísimo porque lleva a la segunda acepción del concepto acogida y porque ayuda a entender mejor a los sujetos activo y pasivo de la acogida. Es decir, finalmente en la acogida de lo que se trata es de acoger lo que Jesús está proponiendo, su mensaje central sobre Dios, que tiene consecuencias inmediatas para la persona humana y su mundo.

Jesús habla mucho de la acogida de su mensaje, estrechamente ligada a la acogida de su persona. Y la primera iglesia lo concreta con la fórmula «acoger la Palabra», y hacerlo en el corazón. Sólo se puede ir más allá en el tema de la acogida al estilo de Jesús, si se ha acogido la Palabra, su mensaje. La Palabra, por tanto, es primordial y primera. Éste es el sentido pleno cuando dice, «me acoge a mí», y lo complementa maravillosamente: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado» (Mt 10,40).

Sin este fundamento, el discurso sobre la acogida no pasaría de ser lo que ya se puede hacer humanamente (al estilo de una estrategia de mercado). Con la Palabra, la acogida (la hospitalidad) pasa a ser una virtud fundamental y, en consecuencia, una actitud pastoral.

En el fondo, de ahí nace ese concepto teológico de «recepción». Se trata de recibirlo en el corazón, formando parte del mensaje de Jesús, haciendo de ello una virtud esencial que lleve a mantener las actitudes necesarias que lo hagan posible y, dado que se ha recibido en el corazón, salga del corazón.

Todavía vale la pena hacer una reflexión desde la Regla de san Benito. Este texto venerable, dedica el capítulo LIII a concretar cómo acoger a los forasteros, y dice literalmente: «Todos los forasteros que se presentan deben ser acogidos como Cristo, ya que él un día dirá: “Era forastero y me acogiste” (Mt 25,35). Y que a todo el mundo se tribute el honor conveniente, sobre todo a los hermanos en la fe y a los peregrinos» (1-2).

«Acoger al huésped como Cristo». ¿Cómo acogerlo cuando yo no estoy preparado, es decir, cuando no estoy en las mejores condiciones (psicológicas y/o espirituales) para hacerlo? La pregunta surgía en un diálogo con una persona forjada por una larga y profunda trayectoria en la acogida benedictina. Se trataba de traducir la virtud evangélica en actitud cristiana continua. La reflexión en diálogo nos llevó a darnos cuenta de que la práctica de la acogida cristiana me descentra de mí, para centrarme en el otro al que quiero y debo acoger. Él –y no yo– pasa a ser lo importante, el centro. Y yo quedo descentrado. Cuando lo hago así, cuando me preocupo más del otro que de mí mismo, es cuando resulta que el gran beneficiado de la acogida no es quien es acogido, sino que lo es quien acoge. La acogida me transforma –me convierte– porque me obliga a centrarme en el otro y no en mí mismo. Vacía de mi corazón mis «preocupaciones», para hacerme «ocupar» del otro y de sus preocupaciones. La acogida empieza por él, por el otro. Me sitúa, pues, en la alteridad.

La Regla de san Benito citaba con toda lógica Mt 25, la escena del llamado juicio final. Me vino a la cabeza una anécdota a partir de un error tipográfico en una edición catalana ya antigua del Nuevo Testamento donde decía: «¡tenía hambre y me distéis de beber!»! Pensé que muy a menudo, al traducir a la práctica la acogida, si no empieza sincera y honradamente por el otro y no por mí mismo, me puede situar a menudo en esta paradoja: que el otro tenga hambre y que yo, con toda la buena voluntad, le esté dando de beber sin darme cuenta de lo que a él le conviene de verdad...

El resultado final es de nuevo ese «me acogéis a mí» que ya hemos encontrado. Porque cuando nos hemos descentrado de nosotros mismos para centrarnos del todo en el otro, lo que hacemos es vaciar nuestro corazón de nosotros mismos para llenarlo del otro. Y llenándolo del otro, sea quien sea, lo estamos llenando del Otro que es Dios mismo. Así llenamos el corazón de Dios, no porque lo queremos hacer en un movimiento más o menos estratégico o voluntarista, sino porque es un verdadero movimiento de amor. ¡Por eso es una virtud! ¡Y debe ser una actitud! A imagen y semejanza de Jesús.

Lo resume maravillosamente bien el evangelio de Juan en la escena del lavatorio de pies:

Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. En verdad, en verdad os digo: el que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado» (Jn 13,14-17.20).

Es el Hijo del hombre que «no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20,28).

Ésta es la manera de ser de Dios y así se ha manifestado en la historia de la salvación, la historia del descentramiento de Dios que se quiere centrar en la persona humana porque Dios quiere acoger al hombre en su vida trinitaria. Para ello elige el camino de dejarse acoger, de ser acogido por el hombre al que quiere salvar. La salvación debe ser la eterna acogida del otro en el amor. Juan, en el prólogo de su evangelio, manifiesta que «vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1,11-12). Así, dejándose acoger en Jesús, Dios acaba acogiendo incluso a quienes no son «suyos». Ésta es la gran virtud de la universalidad, de la catolicidad de Dios. ¡Sólo Dios es verdaderamente «católico»!

La universalidad tendrá que ser el distintivo cristiano de la acogida como virtud fundamental transformada en actitud pastoral. En la iglesia naciente cabe todo el mundo. Ésta fue la gran innovación –revolución– que introdujo la fe cristiana. Nada puede excluir en una doctrina que esencialmente incluye y lo hace desde Dios. ¿Explica esto la expansión rapidísima del cristianismo? El Espíritu la condujo.

La iglesia, los cristianos, tendremos que seguir siendo «signo», «sacramento» de este Reino de Dios. La acogida universal es este gran signo. Al final ésta será siempre –¡siempre!– nuestra misión eclesial. Para conseguir todo esto, que es esencial, no podemos olvidar el lugar donde se encuentra la fundamentación de la actitud cristiana de la acogida: ¡en la Palabra!

Por eso es necesario practicar una acogida continua y permanente de la Palabra (y del sacramento). De ahí deriva la virtud de la acogida como actitud. Tiene que llegar a ser una forma de ser, como la de Jesús: el servicio. Y muchas cosas, en los tiempos recientes y hoy, provocan que tengamos que hablar de ello.

La acogida, el acompañamiento y el sostén, me ponen un reto único porque me ponen ante mí mismo con radicalidad y crudeza, porque me hacen acompañar a aquel que anda quizá hoy sin esperanza. Y esto me pone delante de mi propia esperanza.

Al fin y al cabo, ésta es la peor crisis de nuestro mundo, la crisis de hoy es que hemos cerrado el paso a la esperanza: «nosotros esperábamos que..., pero...», dicen con crudeza aquellos caminantes por el camino de Emaús de Lucas 24, a quien los acompaña y añaden que están en situación de cansancio, que viven muy desengañados. La crisis no es de fe (Palabra), la crisis es de esperanza cuando resulta que lo que se nos pide es precisamente que estemos «dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15). Aunque fe y esperanza serían muy intercambiables. Lo desarrollamos a continuación.

En un mundo en el que tenemos paradigmas totalmente nuevos y desconocidos, en ese cambio de época del que la IA, la Inteligencia Artificial, es el paradigma, lo que hace falta es esperanza.

3. Una reflexión sobre la esperanza: Sólo la esperanza tiene futuro

Antes, no mucho tiempo atrás, en nuestra vida sentíamos que el presente esclavizaba y que teníamos que liberarnos. Las situaciones de la vida eran opresoras y nos empujaban a la libertad. Siempre había ocurrido más o menos así. La fe lo facilitaba porque nos hacía creer de verdad que esta liberación sería posible y trabajábamos para hacerla real. La llamada

paradigmática de Dios a Moisés narrada en el capítulo 3 del libro del Éxodo lo describe maravillosamente:

El Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra. [...] Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel». Moisés replicó a Dios: «¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?». Respondió Dios: «Yo estoy contigo» (Ex 3,7-8.10-12).

Efectivamente, el éxodo se produjo por obra de Dios. La fe invita siempre a hacer esta mirada al pasado para recordar que esto es lo que Dios quería y quiere siempre.

Hoy, sin embargo, el presente nos hace vivir en lo que se ha querido llamar como un mareo existencial sometidos como estamos a una especie de ingravidez porque no tenemos dónde poner los pies con firmeza; porque todo pasa, todo es relativo, porque no hay estructura, ni esqueleto, ni fundamento de nada. Todo es líquido o gaseoso, se dice. Nada dura, nada tiene futuro; todo está destinado a desaparecer sustituido por algo aparentemente mejor o más eficaz. Hoy cualquier cosa es así, como podría ser de otra manera, y nos invita a darnos cuenta de que nada es definitivo. Nuestra experiencia nos lo confirma. Nunca lo habríamos podido pensar, ni prever.

Pero mi corazón reclama con insistencia poder vivir la vida con sentido, con solidez, con firmeza, sabiendo dónde poner los pies para gozar de cierta seguridad en la vida. No sabemos vivir sin fundamento, sin estructura, sin esqueleto. Reencontramos nuevamente lo del corazón inquieto de Agustín y lo repetimos con deleite:

Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (*Conf. I,1,1*).

Es entonces cuando nos damos cuenta de que sólo la esperanza nos proyecta al futuro sin hacernos evadir del presente. Y lo hace a partir del pasado. La esperanza vuelve a liberarnos del presente –lo que ya había hecho la fe– para ayudarnos a vivir en el futuro y relativizar la servidumbre gaseosa del momento presente.

Es esto lo que nos permite movernos con firmeza, con solidez, con estructura, porque el fundamento no lo tenemos en el aquí inexistente sino en el pasado acaecido ya que nos proyecta hacia el futuro real y existente, que no es una ilusión.

Al final éste es el memorial del pasado. Aquel al que ya invitó Dios desde el primer éxodo liberador, para hacer cada año la cena pascual en la que sólo tiene que estar presente quien crea –la fe– que Dios libera de la servidumbre del presente y esté dispuesto a caminar hacia el futuro –la esperanza– donde Dios le espera.

Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. (Ex 12,11-12).

La celebración es, por tanto, memorial del pasado y anuncio del futuro. ¡Porque la fe se resuelve en esperanza! Éste debe ser el sentido del texto que ya hemos citado, pero que ahora repetimos entero:

¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y

con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. Pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal (1Pe 3,13-17).

¡No debemos ser depósitos de fe! ¡Hay que ser portadores de esperanza! Y la esperanza debe hacernos de motor de vida en la caridad. Y nos permite vivir en plenitud y totalidad el mundo presente tal y como es sin quedar absorbidos, ni diluidos, ni desintegrados. Sin embargo, todo esto nos es dado, no deriva de nuestra ilusión o imaginación.

La esperanza nos hace superar el feroz individualismo del momento presente. Nos aboca a la comunidad. Nos hace lo suficientemente humildes para aceptar que lo más importante de nosotros, no viene de nosotros: nos es dado, desde la creación hasta la consumación de todo en positivo. Todo nos viene de los demás, y finalmente del Otro. Por eso existe la Iglesia: para ser transmisora de esta Buena Noticia: ¡la vida tiene sentido!

Ésta debería ser la pastoral de hoy y de siempre: ser portadores de respuestas esperanzadas, ayudando a aceptar las preguntas y a formularlas, en diálogo, sinodalmente, con una espiritualidad que sea comunitaria y sacramental y que por tanto la celebra con calidad, porque el protagonista ya no somos nosotros, es Aquel que nos da esperanza: Dios mismo revelado. Esto lo vivimos en comunidades cálidas esperanzadas y esperanzadoras.

De alguna manera cabe decir que ahora ha cambiado el sujeto Iglesia y que hemos llegado a lo que quería el Vaticano II en la *Lumen gentium*: ser pueblo de Dios. Y aquí es donde existe la mayor dificultad y el gozo más inmenso del ministerio ordenado: ¡estar al servicio de hacerlo posible, porque todo se resuelve en la Eucaristía, como en Emaús! Pero esto es otro tema que sólo podemos dejar apuntado.

4. De la esperanza a la alegría! El Jubileo, peregrinos de esperanza

Inmersos en el convencimiento de que hoy lo que necesitamos sobre todo es ser portadores de esperanza, es cuando el papa Francisco publica la Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025, *Spes non confundit*, con la reflexión justificativa del porqué ponía la esperanza como lema de este año, una “esperanza que no defrauda”, siguiendo la frase de Pablo en la carta a los Romanos. La descripción de la necesidad de ser apóstoles de esperanza con acciones concretas es muy diáfana.

Y, porque el texto mismo remite a él, releí la carta encíclica *Spe Salvi* del papa Benedicto XVI, del año 2007, y recuperé el número 2, y me volvió a impactar la cita que hace de la carta a los Efesios 2,12: «Vivíais sin esperanza y sin Dios en el mundo».

Merece la pena, por su densidad, leer entero el texto del número 2 de *Spe salvi*, que lleva el subtítulo de: «La fe es esperanza» Dice:

Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, «esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Así, la Carta a los Hebreos une estrechamente la «plenitud de la fe» (10,22) con la «firme confesión de la esperanza» (10,23). También cuando la Primera Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el logos –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), «esperanza» equivale a «fe». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto

también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (Ef 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. «In nihil ab nihilo quam cito recidimus» (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos), dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (1Ts 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

Me impactó de manera especial la afirmación de Pablo a los efesios, que siempre me había pasado desapercibida:

Entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz (Ef 2,12-14).

No tener a Dios es no tener esperanza. No tener esperanza es no tener a Dios. Los dioses de aquel tiempo en el paganismo, los de hoy, innumerables, los dioses de siempre, no pueden aportar esperanza. No pueden acompañar, no pueden sostener, no pueden acoger, carecen de historia.

El Dios del judaísmo tiene historia, pero no puede llevar a la salvación plena, porque su acción queda aquí; es inmanente y su exigencia es ética.

Por eso es necesario ser salvados en esperanza: «Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia (Rm 8,24-25).

Y de ahí hacia la *Spes non confundit*, «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5), y hacia el año jubilar. ¡A vivir la peregrinación de la esperanza, acogiéndonos, acompañándonos, sosteniéndonos en la esperanza!

Llenos de alegría, de una alegría inmensa que nunca nadie podrá quitarnos, porque, dice Jesús: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16).

Joan Torra Bitlloch